



Extracto de Literatura

SEMANARIO DOSIMÉTRICO ILUSTRADO.

ANDRÉS MELLADO



Periodista eminente, que dió á la prensa
con su pluma de oro días de gloria.
Siente muy vivo y hondo, muy alto piensa
y tiene una brillante y honrada historia.

Por su caracter noble como su alma
todos son sus amigos y admiradores
y así pasa su vida viviendo en calma
sin envidias, recelos ni sinsabores.

Su nombre en nuestra patria quedó grabado
para eterna y gloriosa, grata memoria,
que El País de las Rias siempre ha pagado
afecto con afecto, gloria con gloria

Y Galicia al honrarle se siente honrada
pues sabe que le debe muchos favores;
que aunque es Andalucía su madre amada,
ella es la dulce dueña de sus amores.

NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS



Reconozco «paladinamente» que la semana ha ofrecido asuntos dignos de esta crónica y hasta de ser tratados «por pluma mejor cortada» etc., pero yo no tengo la cabeza para nada después de lo que he sufrido en estos días.

¡Qué semana, Dios mío!

Ni gocé de los placeres marítimos de las regatas, ni acudí a los espectáculos, ni comí sosegado, ni dormí tranquilo.

Me encontraba sin el retrato correspondiente al último número y me entregué a la mas horrible desesperación.

Ustedes perdonarán estos «subjetivismos», pero de algún modo he de darles a ustedes explicación de lo ocurrido.

Esta revista, aquí donde ustedes la ven no es todo coser y cantar. Da sus trabajos, y un día se pierden las crónicas en el correo y otro día se extravían los originales de los colaboradores, y otro los grabados no aparecen y en alguna ocasión los retratos se pierden.

El caso fué que los «clichés» no llegaban, que el día de la publicación del número había pasado ya, que los corresponsales telegrafaban reclamando los paquetes y que yo me estaba temiendo la «bronca» de los suscriptores.

La intranquilidad era espantosa, el conflicto grave.

Hubo un momento que pensé en la muerte.

—¿Cómo salir de este atranco?— me preguntaba yo presa del pánico.—¿Qué pondría yo en el lugar del retrato?

—¡Ah!—exclamé en un momento de inspiración y «vislumbrado un rayo de luz».—¡Nos hemos salvado!

Y eché a correr como un condenado dirigiéndome a casa de D. Manuel del Palacio.

—¡Soberbia idea!—pensaba para mí.—Un soneto de D. Manuel para aquel hueco ¡y el número sale a la calle! ¿Qué mas puede de:ear el lector?

Y llegué jadeante, enjugándome el sudor de la frente y pidiendo a Dios que el insigne poeta me acogiese benévolo.

Paré ante la puerta. D. Manuel contemplaba el paisaje desde su galería... ¡a las siete de la mañana!

—¡Qué raros son estos hombres notables—se me ocurrió pensar—¡Cualquier día estaba yo fuera de la cama a esas horas si a mí me produjese la pluma lo que a don Manuel y además fuese como él Archivero del Ministerio de Estado y Académico de un día para otro.

Se abrió la puerta, subí... y por poco me echo en los brazos del satirico ilustre.

Bien sabía yo que era grande su benevolencia é infinita su condescendencia con los pobres diablos, pero a pesar de todo esto ¡qué angustias y cuanto rubor!

Comprendí entonces lo que deben sufrir los que viven pidiendo un par de pesetas... si tienen vergüenza.

Al encontrarme frente a frente de don Manuel yo hubiera querido pronunciarle un discurso correcto, sentido, con su migita de elocuencia y todo, ¡para ver de ganarle el corazón.

Pero no me salió. El discurso no me resultaba y acabé por echar por la calle de enmedio exclamando con emoción:

—D. Manuel, ¡estoy perdido, y V. puede salvarme!

Y le conté lisa y llanamente lo que me pasaba.

—Si es eso lo que V. quiere está usted complacido. Cuente V. con el soneto ahora

mismo—dijo él con indulgencia encantadora.

—¿Será posible? No solo no me echa usted de la casa sino que aún puedo llevarme desde aquí mismo el original para la imprenta?

Y me volvía loco para encontrar palabras con que demostrar al célebre poeta mi agradecimiento eterno.

Pude haber dicho como todos los oradores que hablan en los banquetes, desde los más conspicuos diputados hasta los alcaldes mas rurales:

—«Cuando el corazón siente la lengua enmudece.»

Pero comprendí que no era muy oportuna la oratoria cursi y opté por retirarme modestamente por el foro después de estrechar la mano á D. Manuel con cariño expresivo y profundo respeto.

Y ahora, desde aquí, y en sério, le reitero el mas vivo testimonio de mi gratitud por su favor.

¡Dios se lo pague!

Que solo á Dios podemos confiar nuestras deudas los que no tenemos nada que dar ni cosa que ofrecer.

* *

La cosa pública se está poniendo fea de veras y no sabemos á donde vamos á parar.

Todos los dias un motin que «socaba» el principio de autoridad (¡era ya el único «principio» que nos quedaba á la mayor parte de los españoles!) á todas horas una asonada y á cada instante anuncios aterradores de una próxima hecatombe.

Las noticias de la prensa se leen con avidez y á cada paso surge un motivo de sobresalto.

¿Qué pasará aquí?

Suceda lo que quiera, maldito si el porvenir nos preocupa á los que ya no podemos estar peor de lo que estamos, como que hasta saldríamos ganando si llegase el dia de la nivelación social y del reparto equitativo de alimentos y ropas hechas.

En cambio, las clases conservadoras viven sobre áscuas.

—Desengañese usted—me decia con acento de indignación un señor acomodado que dá dinero á réditos—aquí lo que hace falta es mucho palo. Por lo menos un Calo-

marde en cada distrito municipal. Aquí no se respeta á la autoridad ni á los poderes constituídos ni á nada, y es que no tenemos hombres, ni caracteres, ni decoro personal...

—Ni dos pesetas—le interrumpi.

—En fin, que esto acabará por desquiciarse si no se pone al frente un hombre de gobierno que haga unas cuantas barbaridades.

—¿Más aún?

En suma, lo que las llamadas clases conservadoras quisieran ante el riesgo de que llegue el dia en que tengan que trabajar para comer, como nos pasa á «la plebe», sería que todas las mañanas, á primera hora, se matasen dos ó tres docenas de pobretes que piden pan y que los Alcaldes pusiesen bozal á los menores contribuyentes que solicitan la rebaja de la contribución.

* *

Comprendo las zozobras de los que lo pasan bien, á Dios gracias, porque andan por ahí los republicanos que dá miedo verlos, con sus rostros sombríos, sus profecías fatídicas y sus amenazas incendiarias, haciéndonos creer que de un momento á otro vá á venir la gorda y que el mundo va á quedar convertido en cenizas y que á los que tenemos levita no nos restan de vida ni veinticuatro horas.

Es un horror sorprender la conversacion de estos personajes misteriosos que se agitan en las sombras tenebrosas de la conspiración.

—Esta noche á las diez—dice uno á otro acercándose sigilosamente.—No falte V. Tenemos instrucciones importantísimas del comité Central. Se espera un telegrama de Paris y otro de Fernánlez, el de Rivadavia.

—Pero...

—¡Chitt, hable V. bajo! ¡Valor y discrección! Unas horas más y esto es nuestro. Y entonces habremos llegado al logro de nuestros ideales, barreremos to la esta escoria social, limpiaremos á España de parásitos, transfugas, ladrones y canallas con lo cual y con el planteamiento del proyecto de constitución que tengo preparado, brillará al fin el sol de la libertad y... ¿Tiene usted ahí un cigarrillo?

Así ó de manera parecida acaban casi todos los diálogos revolucionarios.

Forcunato Ullua

TRISTE FIN

MAMBIEN este año fui á la romería de San Antonio de los Olivares. No pude resistir á mi deseo. La gente que pasa cantando, riendo, dando saltos, haciendo derroche de su alegría, es una ola que me arrastra. Luego la tentación de los carruajes completamente llenos de pasajeros... el mayoral del ómnibus, de pié en el pescante, agitando su tralla como un abandonado agita su bandera en el fragor de la lucha... No pude resistir y me dejé arrastrar por el torbellino de la alborozada muchedumbre.

A un lado de la carretera, en medio de extensa llanura, estaba uno de los mayores atractivos de la fiesta: una barraca de grandes dimensiones sobre cuya puerta veíase un cartel que decía así:

«Gran función.—Los anillos de Saturno.—La célebre mademoisella Angelina. ¡Asombro del Universo!»

Cáspita, el espectáculo debía de ser curioso en extremo. Entré en la barraca estrujado por la compacta masa de ávidos espectadores.

Apareció mademoiselle Angelina... ¡Santo Dios, qué impresión tan triste experimenté al contemplarla! No tenía menos de 48 años; era alta, flacucha y desgarrada; sus cabellos que en un tiempo debieron ser rubios, y que ahora parecían de estopa, caían ásperos y enmarañados sobre su rostro de pergamino, rostro cuya fealdad aumentaban los pómulos salientes.

Sobre una yegua flaca y vieja también, ejecutaba aquella infeliz sus ejercicios, alzando un pié, bajándolo para levantar el otro, inclinando el cuerpo hácia adelante y hácia atrás, extendiendo los brazos... En mi vida ví nada más trágico que aquella pobre vieja vestida de medio cuerpo para arriba con una camiseta de color indefinible, y de medio cuerpo para abajo con calzones de punto muy cortos, y medias de algodón rojo bastante súcias y desteñidas. ¡Oh! era muy triste verla cuando hacía piruetas encima de la bestia y cuando contestaba á los aplausos del público encogiendo su cuerpo con ridícula contracción y dilatando su boca sin dientes con una sonrisa que parecía una mueca arrancada por el dolor agudo.

Al terminar el espectáculo, mademoiselle Angelina salió de la barraca y atravesó la carretera llevando de la brida la yegua escuálida y coja que le servía para ejecutar sus trabajos ecuestres.

Yo la seguí á corta distancia.

Se detuvo junto á un tejár y mientras la caballería devoraba con ánsia abundante ración de yerba sentóse en el suelo y se quedó inmóvil, pensativa... Al observar que yo la miraba, fijó en mí sus ojos sin brillo en los que se retrataba la amargura infinita de su corazón.

Tuve el presentimiento de que aquella mujer no debía serme completamente desconocida, y se me ocurrió una idea que al punto puse en práctica.

Pocos minutos después entré en una taberna acompañado del saltimbanqui—un español murciano con facha de asesino.—Le convidé á comer y aceptó inmediatamente.

Cuando las frecuentes libaciones le hicieron entrar en el terreno de

las confidencias, me contó con pormenores minuciosos la historia de Angelina, y su relato confirmó mis sospechas. Yo conocía de nombre á la desdichada Angelina.

* * *

Sí; todavía me acuerdo de aquella noche. Eran las once cuando mi tía Magdalena entró en la alcoba donde dormíamos mi madre y yo. Me desperté al ruido de voces entrecortadas por fuertes sollozos y ví á mi madre y ví á mi tía que se abrazaban llorando y oí que decia la primera tratando de consolar á la segunda:

—¡Pobre hermana mia! ¡pobre Magdalena! Muy pocas veces habia yo visto llorar á una persona mayor. Se me figuraba que el llanto, sobre todo el llanto ruidoso, era una cosa muy fea y fundábase esta creencia en que á las criaturas no se les toleraba que expresasen así su aflicción. Así es que me chocó extraordinariamente que mi madre, á quien siempre ví sonreír y que me reprendía con frecuencia mi vicio de llorar, incurriera en el defecto que con tanto afán procuraba corregirme. Acurrucado en mi camita, y abriendo mucho los ojos observé aquella escena con la duda de si sería sueño ó realidad lo que estaba viendo. A favor de la luz ténue de la lamparilla colocada ante una pequeña imagen de la Purísima Concepción, contemplaba yo á las dos mujeres que se abrazaban en la penumbra haciendo demostraciones de dolor acerbo y que causaban en mi espíritu una impresión extraña, mezcla de pena y de terror.

Parecían dos fantasmas... Acabé por esconder la cabeza bajo el embozo y experimenté ganas de llorar. Debí quedarme dormido porque no sentí salir de la habitación á mi tía Magdalena. Cuando me descubrí, mi madre estaba en su lecho, agitando las ropas con fuertes estremecimientos y suspirando sin cesar.

Al dia siguiente todas las personas de mi casa andaban por ella silenciosas y tristes y, de vez en cuando, hablaban en voz baja... Algo semejante ocurrió siendo yo más pequeño, cuando murió mi abuelito.

* * *

Muchos años después—era yo casi un hombre y había muerto mi tía Magdalena—me contó mi madre lo sucedido en aquella inolvidable noche.

Mi tía habíase casado en segundas nupcias con un hombre quince años más jóven que ella. En los primeros de matrimonio fueron muy felices. La diferencia de edades hacía que en el cariño de él hubiese algo de afectuosa obediencia filial. Ella le adoraba, le idolatraba y considerábase la mujer más dichosa del mundo.

Pero un dia sintió en su corazón un sobresalto terrible. Instintivamente pensó en que el hombre adorado la engañaba y sufrió martirios crueles, horrorosos, al tener que ocultar sus dudas que cada vez adquirían mayores proporciones y que eran, por decirlo así, un cancer de su alma.

Impulsada por fuerza irresistible, ansiosa, febril, casi loca, buscó un dia pruebas que confirmaran sus presentimientos.

Registrando la ropa de su marido encontró, y leyó ávidamente, una perfumada esquila amorosa cuyo contenido le produjo el efecto de una puñalada que desgarrase sus entrañas.

La amante del adúltero, decia refiriéndose á la esposa desdichadísima «Esa pobre vieja...»

La pobre vieja lanzó un grito agudo, desgarrador, y dominada repentinamente por la idea del suicidio, se dirigió hacia la puerta de salida.

Pero se detuvo sintiendo que alguien agarraba sus vestidos por detrás. Era su hijo menor, un querubín de cuatro años que había saltado de la cuna y que gritaba sonriendo:

—Mamá... mamá...

Cogió á su niño de los brazos y besándole con frenesí y vertiendo abundantes lágrimas, recordó haber visto á la infame que le arrebató el cariño de su esposo.

Recordó haber asistido con él, hacía algún tiempo, á una función del Circo Ecuéstre... En la pista una hermosísima mujer de cabellos rubios adornados con profusión de flores, ejecutaba unos maravillosos trabajos de agilidad y gracia.

Sosteniéndose en un pié sobre el táliz de terciopelo azul con franjas de oro, arqueando los desnudos brazos sobre la cabeza, inclinándose voluptuosamente hacia adelante y hacia atrás, parecía una silfide, una aparición fantástica.

Los payasos, pintarrajeados de albayalde, colocaban á su paso los aros de papel de seda y la artista daba un salto rápido con el cuerpo encogido y los piés juntos, surgiendo al romper el débil obstáculo como surge una ondina de entre las neblinas sonrosadas.

—¡Oh, era una locura! En las sillas, en los palcos, en las galerías, en todas partes, los hombres de pié, electrizados, aplaudían ruidosamente á la artista enloquecedora; y ella, en los momentos de descanso, sentada en las ancas del hermoso solípedo que marchaba al paso alrededor de la pista, agradecía radiante de júbilo tan entusiastas demostraciones y las pagaba con mil tentadores besos enviados á todos los sitios por medio de las puntas de los rosáceos dedos.

Sí; aquella noche fué cuando el esposo de mi tia, inclinándose sobre la barandilla del palco que con ella ocupaba, palmoteó con frenesí, gritando:

—¡Bravo, bravo, Angelina!

Poco tiempo después de haber ^{***} encontrado mi tia Magdalena la carta reveladora de su infortunio, su marido dispuso que viniera al domicilio conyugal un aya francesa para que se encargara de la educación de los dos niños.

Y sin prestar atención á las objeciones de su mujer, se presentó al día siguiente acompañado de Angelina. Y una noche, la vieja criada de mi tia, al oír en la cocina un ruido extraño, abandonó el lecho y se acercó á la puerta cautelosamente mirando por el ojo de la cerradura... ¡Oh, lo que vió fué horrible!

Angelina, con el cabello suelto, el rostro desencajado y dominada por un temor que la obligaba á volver casi constantemente la cabeza, echaba en un almirez pedacitos de vidrio y haciendo el menor ruido posible, los convertía en finísimo polvo que iba reuniendo en un plato. La vieja sirviente, espantada, bañada en sudor frío se alejó de allí.

Fué á la noche siguiente cuando mi tia Magdalena—que durante el día se abstuvo de tomar y de dar á sus hijos lo que no estuviese preparado por ella—se presentó en mi casa con los pequeñuelos, renunciando

para siempre á vivir al lado de un hombre que había envenenado su alma y huyendo de los gravísimos peligros que amenazaban su existencia.

Tres días después de la romería de San Antonio de los Olivares, regresaba yo en la diligencia y ví parado junto á la puerta de un ventorrillo, inmediato al camino real, un carro grande cubierto con un toldo de lona embreada. En el interior de la tasca, con los codos apoyados sobre una mesa sobre la cual había restos de comida, estaba el saltimbanqui español que cantó con voz ronca á la vez que se apoderaba de un vaso de vino:

Hay amores por capricho,
amores por ilusiones...

Afuera, bajo los abrasadores rayos de un sol de Junio, hallábase mademoiselle Angelina, dándole de comer á la pobre yegua coja, á la sazón sujeta entre dos varas del carro y abatida por la fatiga y por el calor.

¡Cuántos pensamientos se agolparon á mi mente al reflexionar sobre el triste fin de aquella mujer cuyas miradas y sonrisas se disputaban los hombres mas ricos y elegantes!...

Alejóse de allí la diligencia y escuché debilitada por la distancia, la voz del saltimbanqui que entonaba el final de la copla:

hay amores que se alquilan
como los coches simones!

ALBERTO BRAGA.



UN GENIO MALOGRADO

MANOLIN iba para genio, solo que se quedó á mitad de camino; hay quien dice que no pasó de la cuarta parte; pero convienen todos en que á la meta de la genialidad no llegó nunca.

Y el caso es que principió perfectamente, ni estudiaba ni asistía á clase, ni abría los libros de texto, ni logró una vez siquiera salir con lucimiento de los exámenes. Desde muy niño tuvo horror al estudio y fué decidido partidario de la santa indisciplina; lo cual era, según su candoroso papá, indicio seguro del gran valer y del extraordinario mérito del muchacho.



—«A mí, decía frecuentemente aquel modelo de padres bonachones—deme usted chicos revoltosos y desaplicados no estudiantes guiciositos y memos que estudian mucho y están como papanas en las clases y luego no sirve para maldita de Dios la cosa.

De todos los grandes hombres está averiguado que fueron malísimos estudiantes; porque limitar la fantasía, cortar los vuelos á la imaginación, reglamentar los vuelos de su espíritu superior, es como poner puertas al campo. No hay gran poeta que haya sido Licenciado en nada, cuanto menos Doctor. ¿Quién fué Homero? Un mendigo y ciego por añadidura; ¿qué fué Cervantes? Soldado raso primeramente y después algo así como comisionado de apremios y ni de uno ni de otro se dice que tuvieran notas de sobresaliente á fin de curso, ni que alcanzasen por oposición el Bachillerato en Artes.

Manolin vale, vaya si vale y llegará á donde no lleguen los que hoy brillan en las asignaturas y ganan premios todos los años.

Estudiantes adocenados, pobres, mezquinos que aceptan espontáneamente el yugo de la rutina y que no serán en toda su vida capaces de inventar nada, ni de tener iniciativas... Como el padre para hablar así, no se recataba de nadie y menos de su hijo, está claro que Manolin prosiguió holgazaneando y teniendo en muy poca estima á los necios que se afanaban para resolver problemas geométricos ó se pasaban horas enteras sobre los libros de Física ó de Historia Natural de los cuales decía él con un poeta festivo de aquellos tiempos:

«Quédate aquí lector estupefacto,
si no eres un babeiaca
y reniega en el acto
de la costumbre antigua y rancia y seca
de estar sobre los libros con gran tacto
como gallina clueca,
empollando discursos forasteros
que luego salen casi siempre hueros.»

A lo cual añadía el poeta aludido y Manolin que



«La ciencia verdadera y provechosa
en el globo terrestre,
se cria sin cultivo; es la silvestre.»

Y en efecto, Manolin que no era tonto por cierto, jamás cultivó nada,



y llegó á los veintitrés años sin otros conocimientos que la historia de Francia, aprendida en las novelas de Alejandro Dumas (padre) desde *Ascamo*, hasta *la Condesa de Chavay* y un poco de literatura dramática al menudéo que adquirió repasando las críticas de D. Juan de la Rosa González, revisitero por aquel entonces de *La Iberia*, un periódico muy valiente y muy liberal del que el padre de Manolin, á fuer de progresista entusiasta fué constante suscriptor hasta la muerte de Calvo Asensio.

Las revistas de Juan de la Rosa y las novelas históricas hasta cierto punto, de Dumas, constituían todo el bagaje intelectual del futuro génio, cuando el padre de éste bajó al sepulcro sin haber podido gozar de los triunfos que indudablemente resevaba el porvenir al huérfano.

Lo malo fué que los compromisos políticos de una parte y de otra el mal éxito de algunos negocios habían mermado considerablemente la hacienda del difunto—antes de que fuese difunto, por supuesto—con que Manolo se encontró, muy génio, eso sí; pero sin una peseta, ni de donde le viniera; porque la profesión de génio no tiene asignado sueldo alguno en los presupuestos del Estado y mucho menos en las plantillas de las empresas particulares.

Hubo de pensar, por consiguiente, en procurarse ocupación más lucrativa que las de leer revistas de teatros y recortar folletines de *La Correspondencia*. No era la empresa tan sencilla como



él se la había figurado; encontrar un empleo es más difícil cada día y tuvo el pobre Manolin, con su geniázo y todo, que hacer mucha antesala y soportar muchos sofiones y oír muchas frescas hasta que logró meterse—«casi por amor de Dios»—en la redacción de un periódico.

Preguntábanle en todas partes: ¿Y V. qué es? ¿Qué sabe V. hacer? ¿Para qué sirve? ¿Qué estudios ha hecho?

A todo lo cual solamente respondía siempre que «servía para



todo;» pero que no había estudiado nada; ni tenía título de ninguna clase, ni lo había necesitado en su vida porque los títulos no dan ciencia.

Un director á quien gustaron aquella sinceridad y aquella frescura, lo recibió en su periódico esperando que de aquel muchacho tan animoso y tan leal podría sacarse mucho partido.

Y, en efecto, Manolin se atrevió á todo; fué noticiero, articulista de fondo crítico de teatros, novelista, autor dramático; pero ¡ay! en ninguno de estos empeños rebasó los límites de la medianía.

De ciencias y de letras ya sabemos como estaba; de mundo estaba, poco más ó menos, á la misma altura. Ni había estudiado el corazón humano, ni sabia de las pasiones sinó lo que le había enseñado en Capellanes alguna modista con quien bailaba ó lo que oía al mozo del villar en que jugaba á carambolas.

No habia frecuentado otras sociedades ¡y se agarró á hacer novelas sociológicas!

Ahora Manolin, que de todo maldice y para quien no hay autor de talento, ni liberal de valía, ni filósofo de talla, ni hombre que valga bien pagado más de un par de pesetas, ha renunciado á la gloria imposible de adquirir en una sociedad que no le comprende y repite muy frecuentemente: «Esta sociedad está perdida; hasta á los génios les carga que sepa algo.

A. SANCHEZ PEREZ.



À GLORIA



No intentes convencerme de torpeza
 Con los delirios de tu mente loca!
 Mi razón es al par luz y firmeza,
 Firmeza y luz como el cristal de roca!

Semejante al nocturno peregrino,
 Mi esperanza inmortal no mira al suelo:
 No viendo mas que sombra en el camino,
 Solo contempla el esplendor del Cielo!

Vanas son las imagenes que entraña
 Tu espíritu infantil; santuario oscuro!
 Tu nùmen como el oro en la montaña
 Es virginal, y por lo mismo impuro!

A través de este vórtice que crispa.
 Avido de brillar, vuelo ó me arrastró,
 Oruga enamorada de una chispa,
 O águila seducida por un astro!

Inútil es que con tenáz murmullo
 Exageres el lance en que me enredo:
 Yo soy altivo, y el que alienta orgullo
 Lleva un broquel impenetrable al miedo!

Fiado en el instinto que me empuja
 Desprecio los peligros que señalas,
 El ave canta aunque la rama cruja:
 Como que sabe lo que son sus alas!

Erguido bajo el golpe en la porfía;
 Me siento superior à la victoria.
 Tengo fé en mi: la adversidad podria
 Quitarme el triunfo, pero no la gloria!

¡Deja que me persigan los abyectos!
 ¡Quiero atraer la envidia aunque me abrume!
 La flor en que se posan los insectos
 Es rica de matiz y de perfume!

El mal es el teatro en cuyo foro
La virtud, esa trágica, descuella;
Es la sibila de palabra de oro:
La sombra que hace resaltar la estrella!

¡Alumbrar es arder!—¡Estro encendido
Será el fuego voráz que me consuma!
La perla brota del molusco herido
Y Venus nace de la amarga espuma!

Los claros timbres de que estoy ufano
Han de salir de la calumnia ilesos.
Hay plumajes que cruzan el pantano
Y no se manchan ¡Mi plumage es de esos!

¡Fuerza es que sufra mi pasión!—La palma
Crece en la orilla que el oleage azota.
El mérito es el náufrago del alma:
Vivo, se hunde; pero muerto, flota!

Depón el ceño y que tu voz me arrulle!
Consuela el corazón del que te ama!
Dios dijo al agua del torrente: bulle!
Y al lirio de la margen: embalsama!

Confórmate, mujer.—Hemos venido
A este valle de lágrimas que abate,
Tú, como la paloma, para el nido,
Y yó, como el león, para el combate!

SALVADOR DIAZ MIRÓN

(Mexicano)

LADRAR Á LA LUNA

(LADRIDO RÍTMICO)

Contemplando á la luna una noche
de lóbrego encanto,
arrobado en fantásticos sueños
aborto quede;
escuchaba, armonioso, en mi oído
el fúnebre canto
de las almas que suben al cielo...
volví en mí y... ¡ladré!

Pero mi amo que estaba á mi vera
buscando gazapos
(y que es, según dicen un Zoilo
de rara fortuna)
sin pararse á observar mi entusiasmo
me dió dos sopapos
y me dijo:—Cual tú ¡cuantos hombres
ladran á la luna!

JOSÉ G. ACUÑA.

DECLARACIONES ÍNTIMAS

Bendigo en toda ocasión,
con el alma y corazón,
esa importante manía
puesta á la moda del día
en cualquier publicación.

Porque, es fuerza que usted note
que para aquel que no es zote
es de un interés concreto
el pensamiento secreto
de cualquiera monigote.

Y á mi no hay satisfacción
que me dê placer mas grato,
que la manifestación
de *intima declaración*
de cualquiera mentecato.

Pues tiene la mar de gracia,
aunque á nadie le aproveche,
nos diga con perspicacia
que le gusta, hervigracia,
el besugo en *escabeche*.

Yo tuve pena sin tasa
—¡pásmate, lector, no es guasa!—
y anduve lleno de tedio
muy cerca de mes y medio
casi sin salir de casa.

Y todo porque dudaba,
de un canónigo de Ibiza,
con el cual yo me trataba,
que planta mas le gustaba
en el género *hortaliza*.

Y viendo tan de repente
mi salud amenazada
por duda tan persistente,
puse un telegrama urgente
con contestación pagada.

Y con gran satisfacción
obtuve contestación,
diciendo el clérigo mismo
con hermoso laconismo:
—«No hay nada como el melón.»

Yo desde entonces lector,
me dedico con furor
á cierta prensa *ilustrada*,
por ver lo que mas le agrada
á cualquier *escribidor*.

Y saciado este prurito
gracias doy á voz en grito,
me recuesto dulcemente,
y duermo tranquilamente
roncando como un bendito.

¡Oh, escritores de ilusiones
que teneis empeño eterno
de causarnos sensaciones
con hacer *declaraciones*
que á nadie importan un cuerno.

Con entusiasmo profundo
aplaudo vuestro talento
y vuestro ingenio fecundo,
pues sin él, viviera el mundo
en completo aburrimiento!

Yo, gracias á esa manía
de que haceis tanto derroche,
noto con gran alegría,
que como bien por el día
y duermo mejor por la noche.

Y si alguien, de cuando en cuando,
con intención no muy sana,
os anduviese acusando
de que al lector estais dando
una *lata* soberana,

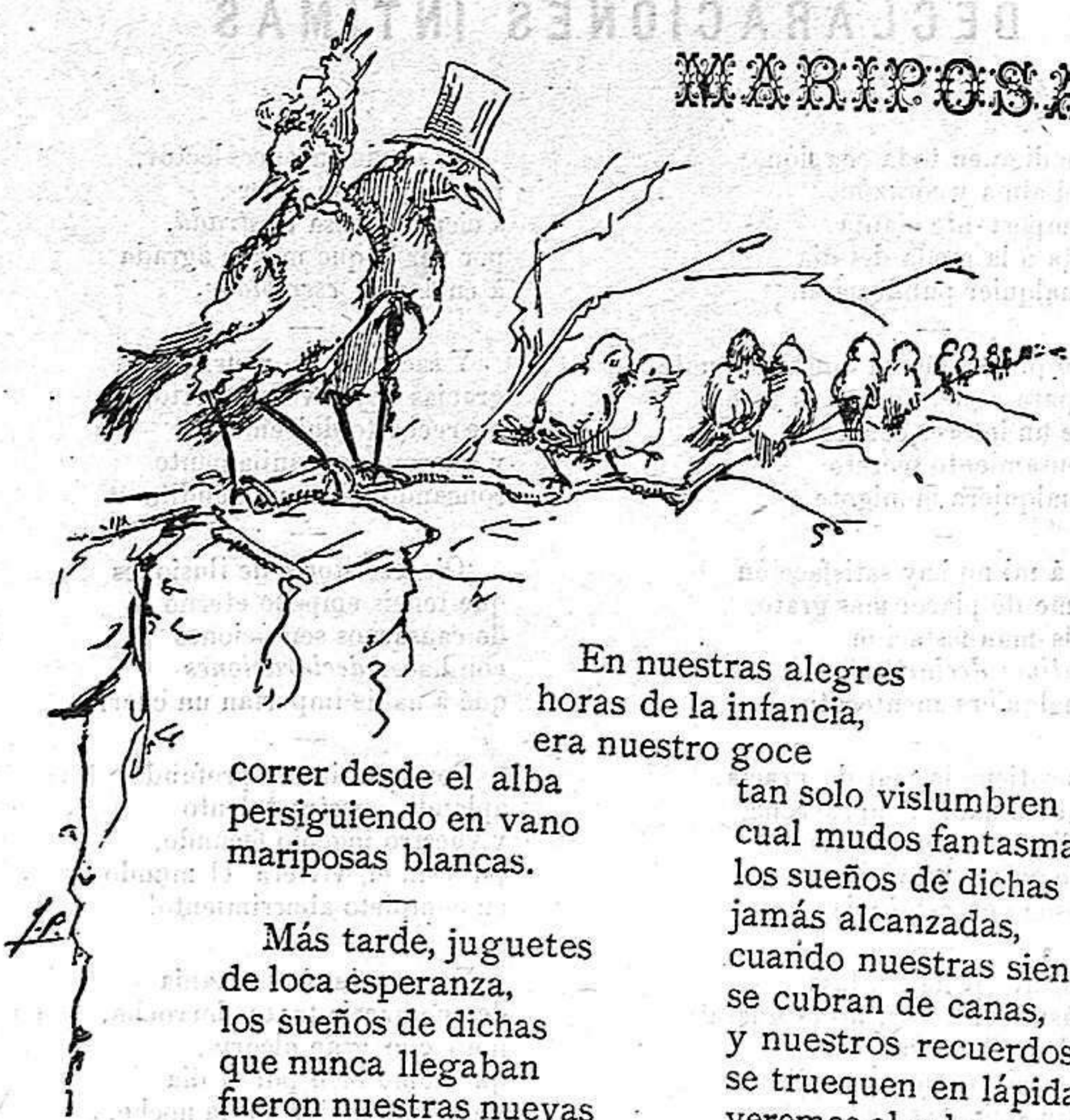
Seguid sin vacilaciones,
como del deber vasallos,
dándonos informaciones,
de si teneis *sabañones*,
y cuando os cortais los *callos*.

Y al saberlo claramente,
satisfecho ese prurito,
nada, lo dicho, repito,
me dormiré dulcemente
roncando como un bendito.

JAVIER VALCARCE OCAMPO



MARIPOSAS



En nuestras alegres
horas de la infancia,
era nuestro goce

correr desde el alba
persiguiendo en vano
mariposas blancas.

Más tarde, juguetes
de loca esperanza,
los sueños de dichas
que nunca llegaban
fueron nuestras nuevas
mariposas blancas.

—
Cuando nuestros ojos
hinchidos de lágrimas

tan solo vislumbren
cual mudos fantasmas
los sueños de dichas
jamás alcanzadas,
cuando nuestras sienes
se cubran de canas,
y nuestros recuerdos
se truequen en lápidas,
veremos al cabo
¡maldita constancia!
que todo es en torno
mariposas blancas...

EDUARDO LUIS DEL PALACIO.



PREGUNTAS

Diez yemas.

Sr. D. L. R. S.—¿Qué haría V. si mandasen ahorcar á todos los tontos?

—Encomendarle á V. á Dios.

Doce mantecados.

Un desgraciado.—¿Qué receta me dá V. para no sentir penas en este pícaro mundo?

—Tome V. una cucharada de ácido prúsico al acostarse y arrópe-se bien; ya verá como no vuelve á sentir mas penas en *este mundo*. ¡Del *otro* si que no respondo!

Un flan.

Sr. Equis.—¿Puede V. buscarle un consonante á fresno?

—¿Hallar consonante á fresno? ¡Señor Equis, francamente renuncio á buscarlo, *pués no se encuentra tan facilmente!*

Preguntas en metálico

DE 50 CÉNTIMOS.

Sr. D. J. R. T.—¿Porqué será que á veces tengo ganas de ponerme á bailar en medio de la calle y otras me entra un deseo irresistible de comerme los letreros de las tiendas?

—Porque está V. loco rematado.

Sava.—¿En que se parece un sabio á una burra?

—En que no es burro.

Sr. L. D. T.—¿Donde podría colocar 1000 reales que tengo ahorrados, de suerte que me produjesen 5000 duros de renta?

—En el cielo; pues ya sabe V. que *Dios da el ciento por uno.*

DE UNA PESETA.

Sr. D. A. V. T.—Haga V. una quintilla con estas cinco consonantes: *entregó, Eterno, admitió, yo, infierno.*

—A Lucifer le entregó
Una suegra el Padre Eterno
Y el diablo no la admitió,
Pues dijo: «¡No quiero yo
Cuestiones en el infierno!»

Sr. D. J. A. L.—¿Porqué no vienes el 8 de Septiembre á la fiesta de la Patrona de Bayo, como acostumbrabas á hacerlo todos los años?

—¡Te aseguro por quien soy,
Que la cosa es de sentir!
Pero, vamos á un decir:
¿Sabes tu porque no voy?
¡Porque no me dejan ir!

E LABARTA.

La correspondencia literaria y administrativa, al Director de esta revista, Torcuato Ulloa, Santa Maria, 6.—Pontevedra.

SUMARIO

TEXTO. = *Andrés Mellado.* (Semblanza.)—*Crónica de la semana*, por Torcuato Ulloa.—*Triste fin*, por Alberto Braga.—*Un génio malogrado*, por A. Sánchez Pérez.—*A Gloria*, por Salvador Diaz Mirón.—*Ladivar á la luna*, por José G. Acuña.—*Declaraciones íntimas*, por Javier Valcarce Ocampo.—*Mariposas*, por Eduardo Luis del Palacio.—*Preguntas*, por E. Labarta.—Anuncios.

GRABADOS. = *Retrato de don Andrés Mellado*; fotografado de Juarizti y Mariezcurrena (de fotografía directa.)—Ilustraciones y viñetas.

EXTRACTO DE LITERATURA

REVISTA ILUSTRADA

SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, trimestre, 2 pesetas.
" " " semestre, 3'50 idem.
" " " año, 7 id.
Ultramar y extranjero, semestre, 7 idem.
" " " año, 10 id.

PRECIOS DE VENTA

Número corriente, 15 céntimos.
Idem atrasado, 25 idem.
A corresponsales y vendedores 12 céntimos número.

ANUNCIOS

Se admiten á precios convencionales.

COMPANÍA DE NAVEGACION DE VAPOR AL PACIFICO

VIAJES RAPIDOS

MAGNIFICOS Y GRANDES PAQUETES CORREOS

Expedición mensual para Lisboa, Rio-Janeiro, Montevideo, Buenos-Aires y el Pacífico.

Saldrá de Villagarcía el 20 de Agosto el magnífico vapor

Orellana

Estos vapores conducen oficialmente la correspondencia. Admiten pasajeros de primera, segunda y tercera clase. Estos últimos tienen excelente servicio de mesa y litera con colchón y cobertor de lana; la comida es superior y variada siempre con vino. Asistencia médico-quirúrgica gratuita.

De las condiciones y precios, informará en Vigo D. Manuel Bárcena y Franco. En Villagarcía, Carril y Caldas, D. Laureano Salgado, D. Alfonso Rueda y D. Manuel Carús.

Compañía de las Mensajerías Marítimas

PAQUETES FRANCESES

El 16 de Agosto saldrá para Rio-Janeiro, Montevideo y Buenos Aires el vapor

Corduan

El 30 de Agosto de 1893, saldrá de *Marin*, con destino á Pernambuco, Rio Janeiro y Santos el vapor

Adour

Admite pasajeros de 3.ª clase y carga.

Para las demás condiciones y detalles dirigirse á las Agencias de la Compañía. En Vigo D. Francisco Tapias, Arrenal 128; en Coruña Sres. Arce y Comp.ª, Real 37, y en Pontevedra y Marin D. José Riestra López.

BALSAMO DE FIEBRAS

COLECCIÓN DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS
POR

ENRIQUE LABARTA POSE

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos al autor, FERIA 38—Pontevedra.